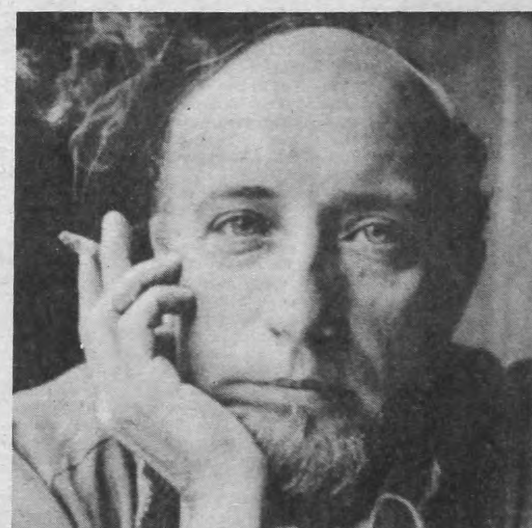
CULTURAS
Suplemento de **Página/12**

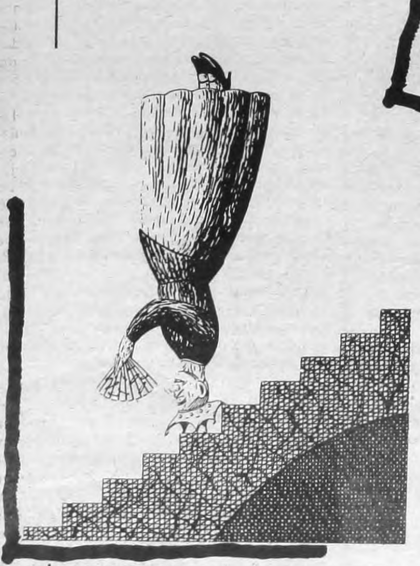


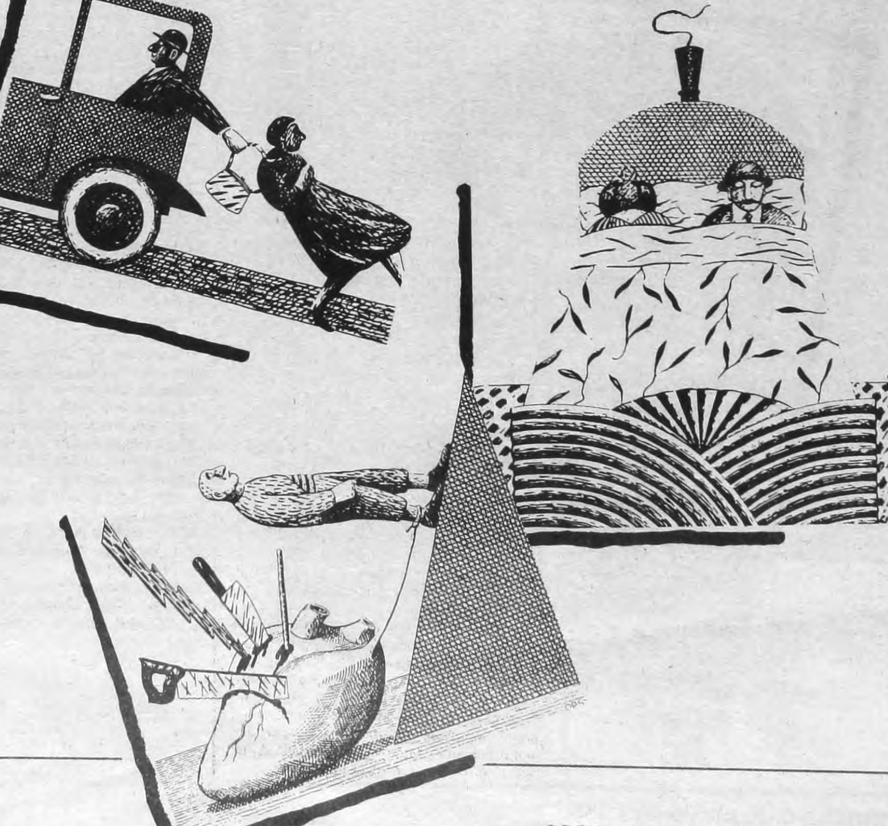
Los personajes son españoles por pura casualidad. Las miserias de la vida diaria, el caos cotidiano, el cangrejo de la mediocridad, se reproducen por igual en todo el mundo. Los críticos aseguran que Manuel Vicent —que hace pocas semanas pasó por Buenos Aires— puede ser comparado con Boris Vian: escribe desde la ironía y el lirismo feroz, y su visión del mundo es de una crueldad demoledora y divertida. Este abogado, galerista de arte y desclasado millonario saltó al mundo de la literatura en 1966 con su novela "Pascua y naranjas", que obtuvo el Premio Alfaguara. Pero fue recién en 1980 cuando consiguió que toda España hablara de él con envidia y respeto: "Es un hijo de perra, pero hay que ver qué bien que escribe", dice en este suplemento Juan Luis Cebrián, fundador del diario "El País", repitiendo una frase que se hizo popular luego de que Vicent publicara "No pongas tus sucias manos sobre Mozart", un artículo de antología sobre los padres "progres" y sus hijos. Por él obtuvo el Premio González Ruano de periodismo, y publicó luego distintos libros de crónicas ("Inventario de otoño", "Crónicas urbanas" y "Daguerrotipos") y novelas ("El anarquista coronado de adelfas", "Angeles o neófitos" y "Caín"). Es particularmente en las crónicas cortas y en los relatos de viaje donde Vicent recorre un nuevo estilo en el que es difícil descifrar los límites entre el cuento, el relato periodístico y la crónica de costumbres.



**MANUEL VICENT**

# CRONICAS DEL MAS ACA





# UN ROJO EN LA ACADEMIA

*Por Juan Luis Cebrián*

Cuando en 1966 le daban a Manuel Vicent el premio Alfaguara, un temblor frío recorrió los ámbitos de la burguesía: era el triunfo de un desclasado, pero al revés. Vicent era un rico, o casi, que se alineaba con los pobres, o casi. Pero además fustigaba a los ricos de plata y pobres de espíritu, que son una versión sutil y frecuente de los idiotas.

Manuel Vicent nació en Villavieja, provincia de Castellón, en 1936, o sea, que despertó a la vida entre los ruidos de lo que él mismo ha llamado, con énfasis levantino, nuestra guerra civil. No sé nada de su vida, o casi nada, por lo que difícilmente podría intentar hacerle un daguerrotipo. Sólo sé que es calvo y con perilla, y que, como tantos otros calvos, ha decidido, en vez de ocultarlo, presumir de ello, lustrarse la mollera con el sol mediterráneo y demostrar que el andar con la cabeza a la intemperie no afecta para nada a las ideas, si no es que sirve para orearlas un poco y que no se pudran ni huelan a alcanfor. También sé que su mujer se llama María Pilar y que con ella tiene una galería de arte.

Un día fueron los dos al cine a ver una película de William Wyler y les gustó la cara de Terence Stamp. El film se llamaba *El coleccionista* y Terence se dedicaba en él a seleccionar, clasificar y archivar mariposas y señoritas en los rincones de una vieja mansión británica. Cogía a las chicas, las lavaba un poco y las pinchaba con un alfiler contra el muro. A Vicent le encantó la idea, pero como no tenía mansión se alquiló un piso en la calle de Claudio Coello y cambió las mariposas por cuadros. De lo que hizo con las señoritas nunca dijo nada. Mientras tanto, la burguesía madrileña seguía espantada con esta especie de anarquista bien que disfrutaba perjudicando a los curas desde las páginas de un diario del Opus, antes de su desembarco en *Hermano Lobo*. En su pueblo las beatas se hacían cruces, pero como estábamos en pleno desarrollo y en el Mercado Común no mandaba Mitterrand, lo de las naranjas iba viento en popa y nadie se atrevió a denunciarlo ni siquiera ante el Tribunal de las Aguas.

Otro día el cardenal Tarancón, que entonces no era cardenal ni nada, llamó a Vicent para excomulgarlo. Vicent no se dejó, antes se hizo su amigo y le prometió que en el futuro hablaría bien de él en los periódicos. Tranquilizado Tarancón, al saber que tenía a tan difícil personaje de su lado, le devolvió el favor.

—He estado viendo a Franco —dijo— y me ha dado un consejo: "Haga como yo, monseñor, no se meta en política".

—¿Y qué tal? —preguntó Vicent.

—A mí me va.

El escritor, convertido ya en marchant y acogido a varios créditos a la exportación de cítricos, comprendió que ése de la no política era su mejor destino. No se presentó a diputado de nada por ninguna parte, y prefirió distribuir su tiempo en cosas más interesantes.

Otra tarde que llovía y se le mojaron los sesos decidió seguir pinchando cosas en la pared. Bajó a la calle, miró alrededor suyo y espantó a unos cuantos. Se dedicó a diseccionar finamente y con bastante mala uva la sociedad que le rodeaba. Abría a las personas, les sacaba el hígado y luego las tendía al sol. Como seguía siendo un comerciante, enseguida buscó un escaparate para el género y lo encontró en *El País* sin gran esfuerzo. Quizá él no lo sabía entonces, pero había comenzado a coleccionar enemigos.

Conocí a Vicent, también sin él saberlo, en la primavera de 1967, cuando Bustillo, un castizo que se dedicaba a recorrer las redacciones de los periódicos madrileños, me obsequió como a tantos otros el librito del Alfaguara. Yo estaba haciendo la colimba y me lo devoré en una tarde de imaginaria. Odié mucho al autor, porque comprendía que escribía infinitamente mejor que yo podría hacerlo nunca. Hoy ya no lo odio porque ya escribe mejor que ningún otro en este país, o sea que no me siento para nada hecho de menos. Luego aparecieron sus artículos en *Hermano Lobo* y *Triunfo* hasta que un amigo común, barroco y valenciano, como Manolo, pero sin la mala leche del naranjero, se empeñó en presentármelo. O sea que Andrés Cillero me llamó por teléfono y me anunció su visita. Desde entonces, con Manolo he seguido relacionándome con Manolo fundamentalmente a base de leer lo que escribe. Somos los dos bastante tímidos, y tenemos cierta fama de antipáticos, con lo que siempre hemos procurado no adentrarnos en los terrenos del otro.

Más que crónicas, lo que Vicent escribe son verdaderos relatos, en los que a lo mejor hay que encontrar la huella de Cortázar o de Boris Vian, pero en los que a mí me satisface suponer que además queda, en un año como éste, algo de lo que sembró Kafka. Vicent es menos riguroso, por mediterráneo, más proteico y un poco ordinario en ocasiones. No tiene el dramatismo interior ni la psicopatía del sufrimiento que el checo padecía. Su hedonismo zumbón, y su empeño en ser verdaderamente de izquierdas, dan al surrealismo de sus crónicas un tono especial. Pero en sus líneas vibra una pasión literaria muy semejante y una imaginación crítica, pasada en este caso por el acratismo levantino, de corte bien parecido. Si un reparo le puedo hacer, sin embargo, es que se pasa en las dosis de veneno, con lo que emplea demasiada materia prima para acabar con sus víctimas. Pero yo comprendo que cuando se es un Borgia de las letras es difícil, y bastante inútil, constreñirse en esta clase de placeres.

Hace unos días el *New York Times*, que es para los periodistas algo así como la Biblia en verso de la profesión, publicaba una crónica hablando de lo bien que estaba Madrid, la cantidad de movimiento que hay en sus calles y hasta dónde el cambio ése del que tanto se habla no es más que un pálido reflejo del cambio verdadero y fantástico que se ha operado en esta sociedad en las dos últimas décadas. Manuel Vicent es, por derecho propio, el mejor de los cronistas de este evento. Manolo tiene una comprensión diferente y lateral de muchas cosas, una comprensión mejor, más profunda, difícil de encontrar en otra parte, y es porque se muestra capaz de romper los esquemas sin hacer el chorra. Como además tiene unas dotes literarias fuera de lo común, y no ha caído en el feo vicio del pluriempleo, puede darnos la sorpresa cualquier día de que entre un rojo en la Academia, es decir él. Si no entra no se iba a perder gran cosa. La Academia sí.

Si podemos aprender alguna lección de este mal encarado escritor que esconde bajo su mirada hipnótica una cantidad enorme de ternura y de tristeza, yo haría hincapié en su independencia. De entre los intelectuales españoles nadie como él ha sucumbido tan poco a la oleada del cambio. Su definitivo compromiso con ningún prejuicio, sea establecido por el poder en todas sus formas o por las clases de la inteligencia, es tan evidente, tan lúcido y tan escaso en nuestros días, que eso le permite andar con una tranquilidad enorme y envidiable por el campo minado del periodismo, la política y la literatura de nuestro país, incluso hablando bien de Suárez.

—Es un hijo de perra, pero hay que ver qué bien escribe —dicen en Somosaguas de él.

Si verdaderamente lo hubiera leído, estos enemigos que él colecciona y ensarta con chinchetas en la pared habrían sabido que a Manolo Vicent, como a mí, como a tantos otros, lo de hijo de perra no nos parece mayor insulto.

*(Palabras pronunciadas por Juan Luis Cebrián en la presentación de* Crónicas Urbanas, *publicado por la Editorial Debate.)*



# AREA. 1

*Por Manuel Vicent*

Por fuera parece un almacén de leña, la entrada no emite un solo destello y los cúmulos de basura que adornan la acera, donde pacen los hombres ratas, están llenos de tartas podridas y exhalan el perfume genuino de Nueva York. Detrás de Soho, en el barrio de Tribeca, en el último rabao estético de Manhattan, la discoteca Area se ha impuesto como el nuevo punto de caída de los extraterrestres. En la puerta misma, de forma permanente, un centenar de marcianos se empuja pugnando por entrar, pero hay una barra bien echada y desde lo alto de un poyo mugriento un ser extraño de ojos acuáticos señala a los elegidos, establece una dictadura férrea para controlar la belleza y únicamente deja pasar a la gente hermosa. Si eres feo te mandan a tomar por el saco.

Unos túneles a modo de pasadizos del infierno conducen a la primera sala de baile, iluminada tenuemente por una enorme pecera azul repleta de tiburones que dan vueltas sin cesar escorando su quilla lechosa. ¿Sabía usted que los tiburones tienen la boca en la barriga? Estos animales no pierden el tiempo. Con una dentellada te arrancan la pierna y no se permiten el lujo de hacer la digestión. Tu alma va a parar directamente a sus intestinos, pero en la discoteca Area los tiburones sólo sirven para ejercer la fascinación de la crueldad. En medio de la danza ejecutada por negros de fibra y por chicas de amianto ellos ruedan sobre las cabezas formando una corona, y aunque lo más posmoderno consiste en ser devorado, la noche ha sido tranquila. Ningún esclavo se ha visto obligado a convertirse en pasto de las fieras. En Nueva York el emperador perdona a todo el mundo.

Cada 15 días la discoteca Area cambia totalmente el decorado, si bien los escualos permanecen siempre al acecho. Esta vez el recinto está dedicado a la moda y en las sucesivas bocas de lobo hay escaparates con maniquíes vivos y estáticos, de carne y hueso, que lucen creaciones de famosos modistas, y los marcianos flotan alrededor de ellos. En una vitrina aparece la antigua Isabel de Inglaterra, aquella reina macabra e inteligente rebanadora de gaznates. Sentada allí arriba, como una gran muñeca de cartón, con golilla de encaje, vestiduras labradas en oro y las manos paralizadas en los brazos del trono, sólo agita los párpados cuarteados, mueve ligeramente los labios decrépitos y recibe sin inmutarse las bocanadas de marihuana que le echan a modo de incienso los adoradores. En otra urna rebosante de chispas de un arco voltaico o de soplete oxídrico un joven ceñido con un traje de plata permanece inmóvil en el aire, apoyado únicamente en la base de su nalga de pico. Lleva gafas de espejo, las centellas deslumbrantes rebotan contra su cuerpo irreal y engendran esa especie de terror de la vida que imita al plástico. En la oscuridad las descargas de música hacen vibrar las vísceras, desparraman por la pista los cartílagos, los huesos y los tejidos de los danzantes y pisando residuos humanos llega Diógenes desnudo dentro de un barril y con un cirio encendido.

—Este imbécil todavía busca a un hombre.

—Déjalo. Es un clásico.

—¿Pueden decirme dónde están los lavabos?

—Por ahí. Siga la flecha.




# 57 HUDSON ST. NEW YORK

—Gracias. He quedado allí con un amigo.

Este tipo no va descaminado, ya que en los lavabos de la discoteca Area se encuentran las últimas novedades de la verdad. No existe lugar más moderno en el mundo. En ese espacio se reúnen los mutantes y se dan cursos entre ellos de nuevo humanismo frente a las lunas opacas de vidrio esmerilado. Nadie distingue el sexo. Las tazas de retrete y los urinarios en batería son comunes, carecen de puertas, están dotados de una visibilidad sofisticada y mientras ellos y ellas ejecutan a la vez las labores del vientre mantienen una agradable conversación acerca de aquel viejo Dios del Sinaí que esparcía su ira por el desierto cuando aún había Historia o hablan del último modelo de Saint Laurent con el que se revisten ahora los sacerdotes. Al mismo tiempo otros extraterrestres se decoran para adquirir una imagen aproximadamente carnal después de su aterrizaje en este planeta. Allí, en los grandes lavabos color de rosa, perfumados con hachís, hallan de todo. Plumas, cremas, lápices, pelucas, acuarelas, gasas, pinceles, instrumentos de grabado, buriles con que inscribirse sentencias en las espaldas desnudas, correajes, tintes y cualquier clase de púa. Unas maquilladoras tal vez terrícolas trabajan los sueños de cada uno.

—Acabo de llegar de Júpiter.

—¿Qué te gustaría ser?

—Antílope hembra.

—Ponte esta piel. Ciñe tu frente con esta arboladura de cuernos. Ahí en el cajón hay ojos de terciopelo.

—Yo vengo de Ganímedes.

—¿Cuál es tu deseo más inmediato?

—Convertirme en pavo real.

Y sin embargo estos entes maravillosos, de lejos se asemejan al hombre que busca Diógenes, pero ellos ahora bailan en las tinieblas de la pista sólo iluminada por la tripa blanca de los tiburones, rodeados de la catalepsia de los maniquíes vivos y paralizados en el interior de los escaparates y no reina en la fiesta un rey más absoluto que el pinchadiscos. ¿Le sucede algo a esa señorita? Su gran cuerpo fosforescente está situado en un catafalco y una formación de langostas auténticas con el caparazón engarzado con diamantes le sube por las piernas, le invade los muslos y el pubis escarchado, escala su vientre hasta alcanzarle los senos y finalmente se le enreda en la cabellera veneciana. Llega un momento en que esta joyería de crustáceos cubre a la chica por entero y el rayo láser que taladra la oscuridad prende en ella una llamarada de mariscos. En otra sala algunos indios creyentes con una botella de cerveza en la mano sirven de objetos de decoración al pie de la escultura Victoria de Samotracia vestida de Christian Dior con una túnica de lino arrugado, que imita el mármol, entre héroes del Oeste en cartelones del cinematógrafo. En su pecera se debate un negro naufragado en una pelea rudimentaria contra varios pulpos de tentáculos magnéticos. Los extraterrestres bailan bajo la música furiosa, los maniquíes vivos permanecen hieráticos durante toda la sesión de espiritismo y en las almohadas se hace amistad con la gente de otras galaxias o de antiguas civilizaciones.

—Te presento a Diógenes.

—Encantado, niña.

—Yo fui prostituta en Atenas durante la Edad de Oro, cuando usted vivía por allí. Le vi cruzar el ágora muchas veces dentro de este mismo tonel.

—Creo recordar tu cara.

—Después también he sido monja medieval.

—¿Qué haces ahora?

—Nada. Vendo salchichas con mostaza en una cafetería de la calle 23, pero todas las noches contemplo desde mi ventana la estrella Sirio. Algún día volaré hacia ella.

—¿Estás de paso en Nueva York?

A través de una buena agencia de viajes se puede ir a cualquier punto del espacio sideral con gorro de expedicionario y tarjeta de American Express, pero aquí no se habla sino de la parte exterior del tiempo, de espíritus propicios y de sucesivas reencarnaciones. No presumas de nada si en una época muy anterior no has ejercido el papel de gallo en Madagascar, de María Antonieta, de serpiente pitón o de lord inglés del siglo XIX. Nunca brillarás en esa escena si no has pedido la vez para convertirte después de la muerte en una suave ama de casa de la clase media, de esas que le ponen las zapatillas al marido, o en un verdugo de las esferas. En los lavabos de la discoteca Area hay un pesebre lleno de cocaína donde comen los ciervos. Con un par de rayas bajo la naricilla ellos logran en un instante sacudirse el alma. Una mujer adornada con sostenes y minifalda de aluminio sale gritando:

—¡Me acabo de ver! ¡Me acabo de ver!

—¿Qué dice ésta?

—Estoy contemplando mi cuerpo desde el techo.

—Tranquila, hermana.

—Es increíble. Es maravilloso.

—¿Qué te pasa?

—Mi alma está pegada allí arriba en aquel canelón. Ahora mismo me estoy viendo la carne vacía. ¡Oh, cuánta dulzura!

—Enhorabuena.

Los tiburones dan vueltas sobre todos los cerebros, la reina Isabel de Inglaterra hace crujir una mirada de terror desde el trono inmóvil, los pulpos abrazan tiernamente a la víctima sumergida, los maniquíes vivos en los escaparates sólo agitan un dedo cada cuarto de hora, y mientras en la pista los marcianos esparcen las coyunturas por el suelo, en un foso algunos seres galácticos posan para la foto del pajarito ante una cámara. Tampoco se necesita subir hasta Saturno si deseas visitar el infierno. Muy cerca de la discoteca Area al margen del circuito turístico, se puede encontrar una buena caverna del mal, aunque uno debe inscribirse de socio a la entrada. Cualquier dulce muchacha se siente capaz de conducirte allí llevando tu corazón de la mano. Hay que atravesar un gran depósito de reses descuartizadas y al fondo de una nave repleta de animales desollados, que penden de los garfios respectivos, existe una puerta negra con mirilla vigilada por un rostro comido de viruela. Se dan algunos golpes con el santo y seña. En seguida un sayón con capucha franquea el paso por una profunda escalera y a la luz de un farol guía el destino de la clientela, según gustos, hacia diversos salones envueltos en una penumbra canalla.

—¿Le apetece que le azoten?

—Nada.

—¿Prefiere tal vez que alguien le orine en la boca?

—No.

—Entonces, ¿qué busca en este lugar?

—Sólo deseo explorar el alma humana. Soy un experto en longanizas.

—Tendrá que pagar 10 dólares.

Terribles imágenes de un verdadero infierno suceden detrás de los espejos iluminados con linternas rojas. Damas de alcurnia de pelo planchado, con botas altas, el sexo al aire, el pecho cruzado con arreos nazis, latigan el lomo de cerdo de algunos menestrales de la Quinta Avenida y los alaridos de dolor, los jadeos de placer, se unifican con el chapoteo de una piscina malvada donde flotan excrementos y grumos de esperma y cabalgan tipos siniestros sobre blandas medusas femeninas. Por los pasillos se arrastran a cuatro patas algunos ejecutivos de Wall Street cuyas nalgas peladas son azotadas por los sirvientes. Después de este breve paseo por el abismo hay que volver a los salones de la discoteca Area para tenderse en un jergón y soñar con un paraíso perdido. Oh dorado pan de higo, barricas de miel, palmeras con dátiles, sombras de sicomoro, aceite luminoso de Delfos y lentos sorbos de mosto de granada en las escalinatas de algún templo de Siracusa. La dulce muchacha acaricia la dura cerviz del viajero con dedos hábiles y le habla de un largo viaje del espíritu.

—Si te portas bien, en la otra vida serás un habitante de Venus.

—¿Habrá allí tarjetas de crédito?

—Tendrás una caja de música en el corazón que nunca cesará de tocar la *Barcarola* de Offenbach.

—Sólo deseo ser lechuga con alma de nieve.

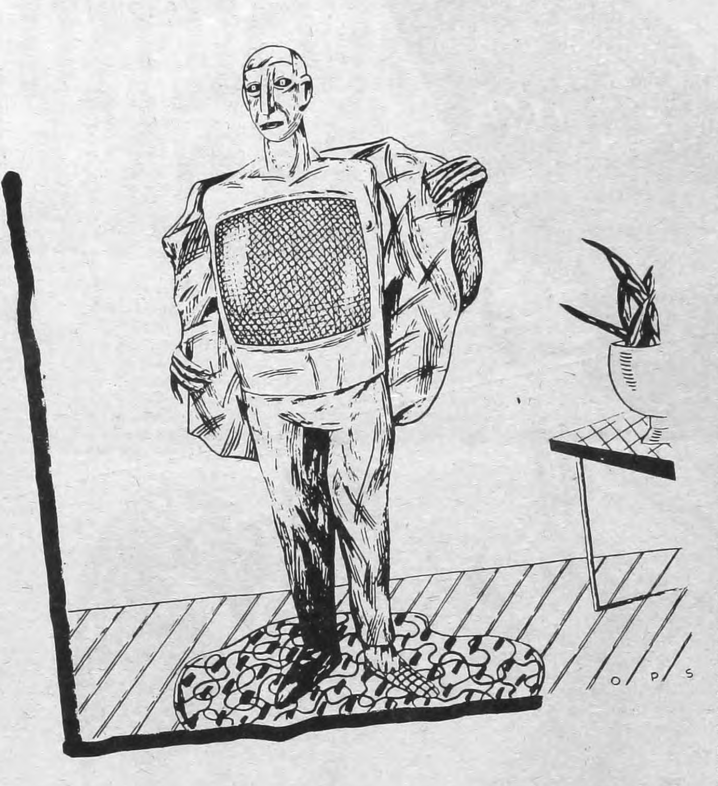
—Pide más.

En la discoteca Area los tiburones dan vueltas estéticas escorando la quilla lechosa. En los escaparates unos maniquíes de carne permanecen inmóviles todavía, imitando un plástico terrorífico. Una chica desnuda está en lo alto del catafalco cubierta de langostas con diamantes y filamentos radiactivos. Isabel de Inglaterra escruta las tinieblas con párpados crujientes. El negro naufragado se abraza a pulpos azules. Y los extraterrestres bailan, bailan, bailan con saltos de fosfato bajo la furia de la nueva melodía.

# EL ESPECTADOR INCORRUPTO

*Por Manuel Vicent*

Estaba sentado frente al televisor cuando de repente murió fulminado por un derrame cerebral, que le inundó tres bulbos de la mollera. Por fuera, el difunto había quedado intacto, en actitud muy digna, con los ojos abiertos mirando la pantalla, las manos posadas como las de un abad en los brazos de la butaca y un botón de sangre negra cuajado en la sien. Según el informe de la autopsia, el hecho ocurrió a primeros de otoño, pero el cadáver de este intelectual solitario no fue descubierto hasta la semana pasada. La vida de una comunidad sólo es un conjunto de ruidos familiares, el zumbido del lavaplatos, la descarga de la cisterna del retrete o las voces cotidianas de cualquier aparato. A través del tabique, los vecinos oían el televisor funcionando y creyeron por eso que el ciudadano colindante llevaba una existencia normal. Por debajo de la puerta, distintos cobradores y anunciantes le echaban recibos, avisos de embargo o folletos de publicidad, y muy pronto el vestíbulo de la casa se llenó de mensajes y requerimientos, aunque, lógicamente, el inquilino no se sentía capacitado para levantarse del sillón. Se había convertido en un perfecto espectador, en un adicto de la imagen. A partir de su muerte permaneció todo el día inmóvil ante la pantalla, con ojos yertos tragándose los programas enteros, desde la carta de ajuste al cierre con el himno nacional.




La casa era un panteón de cien metros habitables. Tenía las lámparas prendidas, algunos electrodomésticos enchufados, los fascículos en la estantería, el carrito de licores aparcado en un rincón, la cesta de revistas en la alfombra y a veces sonaba el teléfono. Ciertamente, los relojes estaban parados y el canario también había expirado por falta de alpiste en la jaula, pero dentro del sarcófago se establecía diariamente la normalidad cuando el televisor dejaba de crepitar como una sartén de churros y a la hora exacta aparecían unos retales de color en la pantalla, comenzaba a sonar en la vivienda un cuarteto de cuerda y salía una presentadora con peluca de Llongueras, sonrisa de plástico y canesú *Telva* para recitar el menú de la jornada, que debería deglutir el difunto impasible: avances informativos, telediarios, películas americanas, concursos, teatros, dibujos animados, telenovelas, mundos submarinos y reportajes con pingüinos o guerrilleros. La realidad propiamente dicha se iniciaba en seguida con el programa regional. Bajo un sonido de tamboril y dulzaina, se podía contemplar una exhibición de cerdos en un pueblo de Segovia, una feria de loza con tenderetes en una plaza románica, los estragos de la sequía en Extremadura y una cabeza de político local gesticulando competencias de reglamento o agravios de secano. De pronto, el aparato arrojaba a la cara del muerto una carga electrónica de fabulosos traseros adolescentes patinando con la armadura de unos pantalones vaqueros.

—Cimarrón no se mueve, aunque tú no te estés quieto.

—¡¡Guuuaaauuu!!

—Esto es Martini. Pruébelo.

—¡Clink!

La tripa del televisor sacaba yates, motocicletas náuticas, refrescos sorbidos al borde de la piscina por rubias empapadas, tapangos del Caribe en un crepúsculo de playa con palmeras y parejas de enamorados a contraluz que chupaban a medias un coco tropical, amas de casa con delantal y bigote ponderando un detergente a la prima Eustaquia y dulces esposas de tecnócrata junto al fregadero usando esa crema que deja las manos suaves para la caricia nocturna. Entre el cadáver y el aparato se había establecido una corriente alterna. Los dos parecían excitarse mutuamente. Desde el sillón, la mirada fija de este ser inerme recibía imágenes con mensajes subliminales, que penetraban en su cerebro paralizado y allí dentro trataban de mover el último resorte de antiguo consumidor. Luego las ondas le salían por el hueco de la nariz y volvían al interior del cacharro con un alto nivel de aceptación. A las tres de la tarde llegaba el telediario con las noticias de actualidad.

Este hombre se había quedado tieso a primeros de otoño, y en aquella época, fuera del panteón, se sucedían grandes hechos fantasmales. La calle estaba llena de carteles, mítines, canciones y fervientes discursos, y la excitación de las próximas elecciones lo sacudía todo en la ciudad. El también pensaba votar a los socialistas, atraído por aquella valla imaginativa donde se veía a Felipe González como un joven puro, de ojos soñadores sobre el fondo azul. La venta masiva del cambio le había tocado el hígado y se sentía uno de ellos, incluso había hecho campaña en mesas redondas, coloquios y reuniones de intelectuales subalternos. Sabía que algo comenzaba a fluir. Por fin el dinosaurio hibernado durante cuatro milenios bajo la nieve movía el rabo y el deshielo prometía llevarse por delante la costra de jefecillos, enanitos roedores y otros sátrapas vitalicios, que habían taponado las cañerías del país durante la gran era de derechas. La misma tarde de su defunción había asistido a una concentración de fuerzas de la cultura en el viejo cuartel del Conde Duque. Tenía buena cara, las lañas grises de profesor le cubrían las orejas y se movía felizmente con un zumo de tomate en la mano entre una estimada densidad de escritores, cómicos, artistas de la canción, periodistas, poetas e intelectuales, que abarrotaban el local como una plantación de cabezas de huevo.

—Mañana voy a Logroño.

—Señor, ¿le apetece un canapé?

—Tengo que dar una conferencia.

—Prueba este pincho de tortilla. ¿Una conferencia sobre qué?

—Televisión y realidad.

—Muy interesante.

—Quiero demostrar que la existencia sólo es un video. Realmente este pincho de tortilla está muy bueno.

En ese momento, los líderes socialistas, acribillados por relámpagos de magnesio, se abrieron paso en la multitud bajo el humo, e incluso catedráticos con siete dioptrías alargaron frenéticamente las manos para palparlos y salir de dudas. Era evidente que la cosa iba a cambiar, y en aquel sarao cultural de montados de lomo e ideas nuevas, esperanzas y lingotazos de ginebra se respiraba un clima de euforia. Entonces Felipe González se encaramó en la tarima con un temblor en el belfo de caballo ganador, abrió los brazos de la victoria sobre los suyos y habló bellas palabras éticas acerca del futuro trabajo de los presentes. No había más remedio que votarle. Ese día, el intelectual se había levantado a las nueve y su jornada se había desarrollado en una serie de pequeños hechos tal vez reales, muy tangibles en apariencia. Desayunó con café americano y una tostada de mantequilla y mermelada de fresa, leyó el periódico en la cocina, le dio alpiste al canario, hizo el pino cinco minutos en el pasillo para irrigarse el cerebro, realizó abluciones cristianas en cuarto de baño, se fumigó el sobaco con limón salvaje y partió hacia la Universidad, donde tenía que dirigir un seminario de comunicación. Se sometió a una entrevista por la radio; almorzó en soledad un caldo gallego, un filete con patatas y flan de la casa en una tasca de azulejos y carteles taurinos; asistió a una tertulia literaria, se vio un par de horas con su media novia, fue al mitin cultural de los socialistas y allí pudo tocar a Felipe González con sus propias manos. Luego volvió al piso de soltero, enchufó el televisor y se sentó en la butaca. Juraría que todo había sido real. Entonces sintió un rayo de sangre en el occipucio y ni siquiera tuvo tiempo de cerrar los ojos. Quedó muerto, mirando con asombro el cacharro mientras en la pantalla, precisamente en ese instante, salía Alfonso Guerra diciendo que la televisión tenía que cambiar.

Durante cuatro meses y medio, el cadáver de este intelectual sentado en el sillón, iluminado por las lámparas de la sala, había permanecido incorrupto con el cogote apoyado en el respaldo. Sólo las uñas y algunas briznas de la barba le habían crecido un poco. Por lo demás, había resistido el tiempo de una forma intacta e inmóvil, como un espectador nato, y sobre su rostro inmutable la televisión había vertido la realidad, los torbellinos de pancartas, los discursos de los políticos, los anuncios de lavadoras, las colas delante de las urnas, las imágenes de compresas, los agitados mítines en el descampado, el libro gordo de Petete, los adulterios de Dallas, la santa misa y toda clase de sopas preparadas. Según los datos ideales de una computadora invisible, los socialistas habían ganado las elecciones y, al parecer, fuera del panteón, la vida continuaba su curso. Los descargadores de Legazpi seguían tomando copas de cazalla al amanecer, las últimas criadas cantaban en el patio de luces y la calle estaba llena de vallas con salchichas y coches que engullían peatones. Al otro lado del sarcófago, el nuevo gobierno había hecho cosas muy plausibles. Incluso había expropiado a Rumasa y se disponía a montar un juicio económico al franquismo. Pero la realidad está sometida a un principio indestructible. En este país puede haber una revolución social, puede que el ejército se vuelva rojo de repente, puede llevarse a cabo un asalto al palacio de invierno. Si esos acontecimientos los anuncia Marisa Medina por televisión, si Amestoy hace de ellos un comentario pretendidamente gracioso y sale después Iñigo entrevistando a Lenin, hay que tener la seguridad de que no ha cambiado nada.

Los socialistas ya habían tomado el poder y el cadáver de este intelectual estaba rígido como una palanqueta en el sillón preferido frente al televisor en marcha. Ahora iba a asistir al programa *Un mundo para ellos*. El locutor comenzó a soltar una bobalicona sarta de sandeces beatas acerca del problema de la familia. Era un tema de debate sobre la comunicación de padres e hijos, y en el catafalco del decorado aparecían señoras recién peinadas, psicólogos vaticanistas y muchachos haciendo pompas con el chicle, suavemente rebeldes, que antes habían sido pasados por el prensapuré. El locutor usaba unos ademanes de moderna agresividad clerical.

—A ver, la opinión de una madre.

—Mi hijo es el que no me cuenta sus cosas. Si se sincerara conmigo, yo le podría ayudar, porque una madre es la que mejor puede comprender ciertas dudas.

—¿Y tú qué piensas, chavea?

—Yo, o sea, es que, o sea, en el colegio...

—Ahora vamos a oír la voz autorizada del psicólogo.

—El problema de la comunicación familiar es muy importante.

Esa misma tarde, el cadáver ya se había tragado un telediario con asunto de incompatibilidades y moros en la costa; había asimilado una España, sin ir más lejos; una cometa blanca, un libro gordo de Petete, un pato Donald, y después de las mojigatas consignas de Santiago Vázquez y Adela Cantalapiedra estaba preparado para enfrentarse con la terrible convulsión de Hispanoamérica a través de 300 millones, donde unos presentadores de brillantina y cuello duro daban paso a cantantes horteras con fondo de surtidores y palacios coloniales. Finalmente, le esperaba un episodio de la serie *Dinastía*, en el que Claudia se veía sorprendida con la llegada de Steven, el cual le explicó que tenía un amigo homosexual. Antes de que fuera descubierto, el cadáver de este espectador hermético se había saturado con todo lo zafio de Bigote Arrocet, cómico fascista; con las paletadas de boina y sal gorda a cargo de Esteso, con las chocarrerías de Pajares y con la estupidez inalterable de otros programas. Era un difunto experto. Después de cuatro meses y medio, su cuerpo estaba misteriosamente incorrupto, tal vez animado por la única realidad de la imagen.

El descubrimiento del cadáver fue un hecho muy lógico. El casero llevaba demasiado tiempo sin cobrar y pensó que el inquilino se había fugado. La policía tuvo que echar la puerta abajo, y dentro del panteón se encontró el televisor en marcha sacando humo y al intelectual mirando el cacharro con una sonrisa cenicienta. Mientras estaban levantando al difunto, alguien desenchufó el televisor, pero las imágenes siguieron en la pantalla. Un guardia zarandeó el aparato y el locutor continuaba hablando sin parar. Le dio un golpe. Todo en vano. El artefacto parecía tener vida propia. De pronto, el forense se cabreó y, en medio del pasmo general, comenzó a pegarle mazazos con el pie de una lámpara; lo deshizo en pedazos sobre la alfombra, y allí, en cada trozo de cristal, salía Hermida, Amestoy, Cantalapiedra, Charo Soriano, un fragmento de telediario, una carta de ajuste, el himno nacional. Todos se pusieron a pisotearlo como se apaga un conato de incendio. En ese momento, cuando el televisor enmudeció de una vez, el cadáver se desintegró súbitamente en la butaca.